

Sólo un día puede decirse que el sol iluminó con sus resplandores la lípica fiesta, y las damas de nuestra aristocracia le aprovecharon para lucir elegantes y sencillos trajes.

Las carreras de primavera son en Madrid mucho más animadas que las de otoño, pero este año no se han visto muy favorecidas. Si han de ser peores las de otoño, nos tememos que no valga la pena de ir al Hipódromo y perder una tarde.

La Reina regente, compadecida de los infelices huérfanos á consecuencia del ciclón, ha tomado á su cargo la suerte de los pobres niños, disponiendo se eduquen en un colegio, á expensas del gobierno.

La visita de María Cristina en vísperas de su alumbramiento á los lugares donde más víctimas causara la tempestad, despertó en todos los corazones la admiración y el entusiasmo, que en nuestra noble tierra nunca se dejará de rendir culto á esas dos hermosas virtudes que avaloran el corazón humano.

Madrid, 22 de Mayo de 1886.

EVELIO DEL MONTE.

España.

A. ALCALDE Y VALLADARES.

Á CÓRDOBA.

El claro Betis que á tus muros llega
Y baña tus campiñas nunca frías,
Reverdece en tus márgenes sombrías
Las ricas flores que á su paso riega.

La tibia brisa que sus alas pliega
Al exhalar sus dulces armonías,
A la vez arrullaron otros días
Mi alegre cuna en tu lozana vega.

Tú levantas la frente esplendorosa
Del sol candente al rayo placentero
Que ilumina tu sierra primorosa:

Yo sigo con dolor por mi sendero,
Y mientras tú te elevas más hermosa
Yo declinando ante tus plantas muero.

A LA VIRTUOSA SEÑORA

DOÑA CARMEN RIVERA MELO DE CHOUSAL

¡Ah! mil veces dichosos los hogares
Que guardan y veneran con ternura
Una madre que calma los pesares
Y derrama en las almas la ventura!

¡Oh dichas, en la tierra soberanas,
Las de los hijos que en amante lazo
Pueden oír su voz, besar sus canas,
Y si sufren, llorar en su regazo!

Una madre es un Dios, ampara y guía
Cuanto en su derredor vive y florece...
¡Cuando los labios dicen «madre mía»,
El corazón de gozo se estremece!

Una madre es un Dios; ella serena
La tempestad del mundo, y ella calma
El llanto amargo, la profunda pena
Y las tristezas íntimas del alma.

Una madre cual vos, noble señora,
Toda amor y virtud, honra á mi lira;
Quien os vé en el hogar hora tras hora,
Os quiere y os ensalza y os admira!

Premia vuestras virtudes, vuestro celo,
Y el noble afán que vuestro pecho encierra,
Ese acendrado amor, amor del cielo,
Con que os ven vuestros hijos en la tierra.

Él forma la corona refulgente
Que os constituye reina y soberana
Del sosegado hogar, única fuente
Del bienestar y de la dicha humana.

Vivid siempre entre dulces regocijos,
Y que os libren de amargos sinsabores
Con su amoroso culto, vuestros hijos;
La amistad con sus himnos y sus flores.

México, 1886.

JUAN DE D. PEZA.

MADRIGAL.

El cielo de celajes se cubría
Del tinte vivo de tus labios rojos;
Y á mí me parecía
Que, lleno de pudor, se enrojecía
Viendo otro cielo en tus azules ojos.

Bolivia.

ROSENDO VILLALOBOS.



MEXICO.—CASCADA DE REGLA EN EL ESTADO DE HIDALGO

IGUALDAD SUPREMA.

Allí pasan dos entierros diferentes:
Uno lleva cortejo, cruz, carruajes,
Y lleva clero con bordados trajes,
Hermandad y estandartes relucientes.

El otro pasa aislado entre las gentes,
No le rinden respetos ni homenajes:
No hay coches con vistosos atalajes
Ni un ataúd con franjas esplendentes.

Es el poema del orgullo humano:
Más pronto cesa la ruidosa guerra
Que alza en la sociedad su ruda mano,

Pues luego que el sarcófago se cierra,
El polvo del monarca y del villano
Se abrazan en el seno de la tierra.

España.

FEDERICO PABREÑO BALLESTEROS.

NOTAS ESTÉTICAS.

FRAGMENTOS DE UN DIARIO DE VIAJE EN ITALIA

por

GUSTAVO A. BAZ.

(Continuación.)

EL RETORNO.

Mayo, 1878.

En la vida del viajero hay algo como un remedo de la muerte, se crean afecciones, se admiran objetos, se adquieren hábitos que por una voluntad superior tienen que perderse entre las sombras de esa noche de la ausencia que se llama olvido.

¿Qué le queda al que viaja de los gozos de un día, de las promesas de afecto?
—Nada. Un recuerdo que no se puede evocar sin la triste consideración de que el tiempo lo ha arrojado ya muy lejos de aquellos días y de aquellas ilusiones.—¿Qué deja á su vez?—Nada tampoco. Una sombra que se desvanece minuto por minuto, que dura las más veces lo que tarda en perderse la cauda de humo del vapor en los límites del horizonte.